

El animal bípedo de manos libres

Gilberto Cely Galindo¹

Resumen

En el contexto de las teorías de la complejidad lanzamos una breve mirada al proceso evolutivo humano. Acudimos al filósofo Adam Smith para reflexionar sobre “La teoría de los sentimientos morales” que nos ligan con *simpatía* a todos los otros habitantes de la casa terrenal. Dichos sentimientos morales se mueven en el mundo del afecto, del amor, base fundante de las relaciones morales y éticas de los seres humanos entre sí y de éstos con la fauna y flora ecosistémica. Con todo lo biótico y abiótico. Porque son los sentimientos los que mueven las ideas y no al contrario. De allí la importancia de la *bioempatía* para la Bioética. Esto lo sabe muy bien el Papa Francisco y así lo expone en la Encíclica Laudato Si.

Palabras claves: Constructo social, neurociencias, conocimiento emocional, sentimientos morales, Bioética.

Animal biped handsfree

Summary

In the context of theories of complexity we launched a brief look at the human evolutionary process. We go to the philosopher Adam Smith to reflect on “The Theory of Moral Sentiments” linking us with sympathy to all the other inhabitants of earthly home. Such moral sentiments move in the world of affection, love, founding basis of the moral and ethical relations between human beings and of these with wildlife and ecosystem flora. With all biotic and abiotic. Because they are the feelings that move ideas and not the other. Hence the importance of bioempatía for Bioethics. This is well aware Pope Francisco and so forth in the Laudato Si Encyclical.

Keywords: Social construct, neurosciences, emotional knowledge, moral sentiments, Bioethics.

¹ Gilberto Cely Galindo es profesor-investigador de Bioética en la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá. Autor de veinte libros y 36 artículos de Bioética publicados en revistas científicas. E-mail: gcely@javeriana.edu.co

De la evolución biológica a la cultural

Desde que la *evolución biológica* dio de sí misma origen a la *evolución cultural* en los seres humanos, esta última dinámica ha venido empoderándose cada vez más de ambas evoluciones con el desarrollo del conocimiento práctico y conceptual, a la vez que trae consigo la aparición creciente de los fenómenos de la voluntad y de la libertad propias del *homo sapiens*, el animal más exitoso del planeta. Pero también el de costumbres tan reprochables al que el planeta no quisiera acoger.

La supervivencia del hombre se debe, entonces, a una mejor articulación progresiva de su sistema nervioso central encéfalo-raquídeo, desde que se bajó de los árboles, perdió la cola y habitó las sabanas obligándose a caminar en dos patas para visualizar a sus depredadores y emprender la huida. La posición eréctil trajo consigo dos gigantescas ganancias evolutivas: el desarrollo encefálico y la liberación de las dos manos para el uso de instrumentos que le han permitido mayor y mejor conectividad con el mundo exterior, arrancarle su alimento, abrigo, defensa y techo, a la vez que organizarse socialmente con los suyos para asegurar la descendencia.

Así pues, las claves del éxito evolutivo de la especie *homo* han sido su masa cerebral más grande para realizar mejores sinapsis y las manos libres disponibles para desarrollar múltiples tareas de psicomotricidad gruesa y fina.

El resultado de una mayor masa cerebral² ha sido el incremento del neocortex

con su capacidad cognitiva abstracta. Es decir, el desarrollo del *conocimiento racional*, que simultáneamente ha evolucionado con el *conocimiento emocional* a partir del sistema límbico, es lo que aporta al homínido superioridad sobre las otras especies y organismos vivientes con los que comparte la casa terrenal y gradientes de cognición en el proceso evolutivo genético y filogenético.

Este incremento articulado de los conocimientos racional y emocional conlleva la aparición de los “sentimientos morales”.³ Dichos sentimientos están cargados de egoísmo captativo durante la primera infancia, debido a las condiciones de indefensión y vulnerabilidad del niño a quien hay que sobreproteger y consentir porque es totalmente dependiente de sus padres. Por estas razones, los primeros sentimientos morales son profundamente egoístas. El egoísmo irá cediendo terreno, aunque sin desaparecer del todo a lo largo de la vida, con aprendizajes de sentimientos morales de oblatividad altruista como efecto de la socialización, educación y asunción de responsabilidades. Hay que lograr un equilibrio estoico entre el egoísmo y el altruismo a favor de una convivencia dinámica.

strato, capacidad racional, voluntad libre, cultura y trascendencia espiritual). Las tres capas cerebrales interactúan permanentemente.

- 3 A partir del filósofo Adam Smith (1723-1790), encontramos una propuesta de construir la ética a partir de “La teoría de los sentimientos morales” (1759) que originan empatía emocional y parentesco moral con los sentimientos ajenos, condición básica para la convivencia social. Esta *simpatía*, vale decir, comunión de afectos entre las personas, da lugar a lazos morales de amistad, amor, solidaridad, cooperación, justicia, respeto mutuo, convivencia pacífica próspera y libre. Por consiguiente, de los sentimientos morales nacen la moral y la ética que no son otra cosa que el modo correcto de morar, pues los egoísmos personales se atemperan con el esfuerzo altruista que favorece la convivencia en paz. El aporte ético de los sentimientos morales propuesto por Smith es muy valioso para la eco-bioética tal como lo contextualizamos con la *bioempatía* en el presente artículo. El mundo del afecto, más que el de la razón y sus conceptos abstractos, debe ser el punto de partida para toda propuesta ética.

2 En el cerebro humano se distinguen tres capas de su proceso evolutivo: el cerebro R (el más antiguo que lo liga con sus orígenes reptiles y los instintos primarios de supervivencia adaptativa al medio ambiente), el cerebro límbico (ligado a su estadio mamífero y aparición de sentimientos protectores de la crianza y de alianzas parentales de socialización para asegurar la descendencia) y el cerebro neocortex (la capa cerebral más reciente del proceso de hominización que da lugar al pensamiento ab-

Los sentimientos morales que envuelven las relaciones altruistas de los seres humanos y que los lleva a acogerse entre sí como parientes, por empatía emocional, deben también incluir a la comunidad ecológica, piensa Aldo Leopold (en la “Ética de la Tierra”, 1949),⁴ dado que lo ecológico forma parte constituyente de la interioridad humana y viceversa, conformando una comunidad biótica.

En este orden de ideas y siguiendo los datos de la ecología, dice Leopold: “una actitud es moralmente justa cuando tiende a preservar la integridad, la estabilidad y la belleza de la comunidad biótica”. Leopold inspiró con la tesis de “bioempatía” a otros tres pensadores de ética ambiental: Van Rensselaer Potter⁵, H. Rolston III⁶ y B. Callicott.⁷ Pero, además, en defensa y extensión del concepto de bioempatía tenemos una lista numerosa de pensadores contemporáneos de bioética ambiental, entre ellos Peter Singer, que involucran en el sen-

timiento moral a todos los seres sentientes con los cuales compartimos capacidad de sentir y expresar experiencias de dolor, sufrimiento, alegría, bienestar, discrepancia y afinidad volitivas, comunicación, compañía, convivencia, colaboración y diversos gradientes de cognición. En consecuencia, no es ético infringirles dolor y malos tratos, no proporcionarles el hábitat adecuado, ni someterlos a trabajos forzados sin descanso y alimentación correcta que les diezmen sus fuerzas. Los derechos de los animales se fundamentan en estos criterios de bioempatía. Son una ganancia para ellos y para la autocomprensión humana que enaltece y dignifica a todos. Es un gran avance en la humanización del mundo, extendiendo a éste las aspiraciones de bienestar, justicia, felicidad y dignidad del homínido. Es mejorar la comprensión del *éthos vital*.⁸

Si bien estamos ligados con todos los seres vivos del planeta y con ellos tenemos responsabilidades de cuidado y protección para conservar los flujos energéticos que garanticen su sostenibilidad y la nuestra como masa biótica, mayor responsabilidad moral tendremos con aquellos cercanos ontológicamente a nuestras condiciones de poseer cerebro límbico y neocórtex. A esta convicción se llega como inferencia bioética de los datos de las neurociencias y la ecología.

De esta manera va construyéndose la conciencia reflexiva e intencional del sujeto pensante que, al doblar su condición de *sapiens* accede a convertirse progresivamente en agente moral, responsable

4 LEOPOLD, A., A Sound County Almanac, with other essays on conservation from Round River, Oxford University Press, New York, 1949, pp. 218-219.

5 POTTER es considerado el padre de la Bioética. Nació en el Estado de Dakota del Sur, el 27 de agosto de 1911. Y falleció en Madison, Estado de Wisconsin, el 6 de septiembre de 2001, cuando acababa de cumplir 90 años. Trabajó más de 50 años en los Laboratorios MacArdele, en la Universidad de Wisconsin, investigando en bioquímica del cáncer. Perteneció a varias sociedades científicas y militó activamente en Unitarian Society of Madison, organización de inspiración cristiana que tiene como principio fundamental defender la integralidad de la vida. Los profesores colegas de Potter lo recuerdan como “un ser humano iluminado, preocupado por el cuidado humano de todo, para que todos pudiesen vivir, sin ninguna utopía, en un mundo estéticamente bello y sustentable, una vida satisfactoria y feliz”. (Memorial Resolution of the Faculty of the University of Wisconsin-Madison. On the death of professor emeritus Van Rensselaer Potter II. Faculty Document 1628, April 1 de 2002).

6 ROLSTON III, H., Philosophy Gone Wild: Essays in Environmental Ethics, Prometheus Books, Buffalo, 1986; ID., Environmental Ethics: Duties to and Values in Nature, Temple University Press, Philadelphia, 1988; ID., “Disvalues in Nature”, en The Monist, N° 75, 1992, pp. 250-278.

7 CALLICOTT, J. B., In Defense of the Land Ethic. Essays in Environmental Philosophy, State of New York University Press, New York, 1989.

8 Dice Luis Carlos Herrera: “El *éthos* se refiere al *ser*, al talante. La moral, según el autor (Aranguren) se refiere al actuar, a la (*mos*, *moris*) costumbre”. ... El *éthos* se identifica con el carácter, con la personalidad moral adquirida por el hombre, apropiada a través de actos y hábitos, pues nunca el deber se puede separar del ser humano: las ideas, los bienes, los deberes parten del ser y vuelven a él, son pensamientos, bienes y deberes del *ser*”. HERRERA, Luis Carlos (2004), *Profetas de nuestro tiempo*, Secretaría de Cultura y Turismo, Gobernación del Huila, Javegraf, Bogotá, ISBN: 958-33-6985-3 p. 233.

de sí mismo y de sus actos al distinguir la diferencia entre los sentimientos de lo correcto y lo incorrecto, lo aceptable y lo que no, lo aprobable y lo reproducible, es decir, entre el bien y el mal, en el estadio más alto de evolución darwiniana.⁹ Es decir, deviene en *homo sapiens sapiens*, que sabe que sabe, que es consciente de sí mismo y de su entorno eco-social, prevé futuros y asume responsablemente las consecuencias de su acción, haciéndose miembro de una comunidad social de iguales morales, con los cuales negocia normas de convivencia para el bienestar de todos y para dotar de sentido la existencia.

En esto consiste la moral, en la conciencia del deber ser que da sentido gratificante a la vida, gracias al sentimiento o percepción emocional acerca de lo que es bueno o malo para el sujeto y su entorno eco-social, favoreciendo la convivencia con valores morales que aporten beneficios para todos. Es bueno lo que lo que nos hace más humanos y malo lo que nos deshumaniza. Y la ética consiste en la reflexión filosófica, es decir, racional, acerca del conjunto de sentimientos morales convertidos ya en conductas sociales.¹⁰

Así es como el *homo sapiens sapiens* construye colectivamente una dinámica bio-psico-social de aprendizajes morales que cubren toda la vida del individuo y pasan a la comunidad humana como acervo cultural histórico por su utilidad

y fruición felicitante. Es decir, que aporta felicidad.¹¹ Estos aprendizajes culturales conllevan sentimientos morales que se reproducen y transmiten creativamente a través de las artes, la religión, el lenguaje verbal y escrito, las ciencias, las tecnologías, el trabajo y de todas las pedagogías de socialización del conocimiento. Por consiguiente, la moral, por ser un constructo social, es dinámica y evolutiva, como son evolutivas las costumbres de cada grupo social que las produce.

Digamos, entonces, que la vida humana participa del fenómeno total de lo viviente en un proceso de tipo global, no reductible al valor individual de los organismos singulares, como tampoco prescindiendo de ellos, pues la consideración moral depende más de las comunidades o conjuntos sistémicos que por su utilidad dan soporte vital: ecosistemas, cadenas alimentarias, biosfera, flujos energéticos, arquitectura social, etc. Todo está conectado con todo. Y la supervivencia de los individuos depende de los factores que posibilitan la reproducción de la vida en los ecosistemas, lo cual es un conjunto de interdependencias e interrelaciones útiles que equilibran los procesos vitales biótopos, psicótopos y sociótopos. Los ecosistemas detentan la vida por el equilibrio de sus cadenas tróficas y flujos energéticos. Como afirma Morin: “La cadena trófica constituye efectivamente el proceso auto-productor y auto-regenerador de la eco-organización”.¹²

9 “La razón es hija de la imperfección. En los invertebrados todo está programado: ¡son perfectos! ¡Nosotros no! Y al ser imperfectos, hemos recurrido a la razón, a los valores éticos: discernir entre el bien y el mal es el más alto grado de evolución darwiniana”. Rita Levi-Montalcini, neuróloga italiana. Nobel de Medicina 1986.

10 La ética vivida es la moral y la moral pensada es la ética. El ser humano es el único ser moral, puesto que en esto consiste su ÉTHOS, según ARANGÜREN, José Luis, Obras, Ética, Ed. Plenitud, Madrid, 1965. Dice Aranguren: La realidad moral es constitutivamente humana; no se trata de un ideal, sino de una necesidad, de una forzocidad exigida por la propia naturaleza, y por las propias estructuras psicobiológicas”.

11 Como dice Herrera, Luis Carlos: (o.c., pgs. 216-217) “La dimensión ética del hombre es conseguir la felicidad: vivir bien es obrar bien y ser feliz. El sumo bien, según el pensamiento aristotélico, es la felicidad, donde reposa la moral y la ética. La felicidad consiste en vivir conforme a la naturaleza y la razón, de ahí la importancia de conocer el sentido de la vida del hombre, para hallar su realización, como ser racional, que sería la pauta de la ética (Ética nicomaquea)”.

12 MORIN, E., *El Método II, La vida de la vida*. (2002), Cátedra, (5ª ed.), Madrid, p. 46.

La conciencia que la naturaleza tiene de sí misma

“Nunca habíamos maltratado y lastimado a nuestra casa común como en los dos últimos siglos” dice el Papa Francisco (Laudato Si, n.53). Ante la crisis ecológica que se evidencia hoy en día y tiene causas antrópicas, emerge también el reto moral de convertirnos los seres humanos en la conciencia que la naturaleza tiene de sí misma, puesto que somos naturaleza, *humus*, tierra, compendio biótico consciente de cuanto abiótico nos precede, nos constituye y nos proyecta evolutivamente por autopoiesis, que significa dar de sí novedades que no existían antes. Como canta el poeta argentino Atahualpa Yupanqui: «el ser humano es Tierra que camina, que siente, que piensa y que ama».

Somos los hijos predilectos de la naturaleza. Lo mejor que ella ha podido parir. Somos hechos de lo mismo de los otros seres con los cuales convivimos, nos servimos de ellos y a quienes debemos servir con sinergias que garanticen la preservación de la biodiversidad, sin la cual colapsa el fenómeno de la vida toda en el planeta. Porque en la creación todo está interconectado en espacios abiertos. Todo depende de todo, en flujos permanentes de materia-energía. Las partes están en el todo y el todo es superior a la sumatoria de las partes. Que toda la creación es un acto de amor del Creador lo repiten de diversas maneras la sabiduría de los mitos fundantes de todas las creencias religiosas. Y en la tradición judeo-cristiana: Dios es el “Señor amante de la vida” (Sab. 11-26).

Con Edgar Morin afirmamos que “La naturaleza no es solamente el sustrato ‘objetivo’ de la realidad antropológica: es también un producto antropológico. La cultura produce la naturaleza dándole rostro. La naturaleza existe con anterioridad a nosotros, fuera de nosotros, pero no sin nosotros”.¹³

Es preciso reconocer, como hemos dicho, que lo “otro”, es decir lo ambiental, lo objetual, reclama condiciones de trato humano más a lo humano, incluyéndolo en la “otredad” de relaciones dignas entre sujetos, para que la falaz distancia que la filosofía occidental ha establecido entre cultura y naturaleza, no perpetúe el envilecimiento de la naturaleza por cuenta de una cultura de racionalidad exaltada, ecocida y suicida. Al respecto dice Enrique Leff: “La racionalidad ambiental se forja en una ética de la otredad, en un diálogo de saberes y una política de la diferencia, más allá de toda ontología y toda epistemología que pretenden conocer y englobar al mundo, controlar la naturaleza y sujetar a los mundos de vida”.¹⁴

Y aunque cada ser, por el hecho de ser, vale por sí mismo, su religación ineludible a la totalidad establece interdependencias de reciprocidad que hacen viable la existencia propia y ajena. Y el individuo humano, además, carga a sus espaldas una religación moral, una hipoteca de responsabilidad con el resto de criaturas para la sustentabilidad de ellas y suya, en virtud del privilegio de la conciencia que tiene de sí mismo y de ser la conciencia de la naturaleza. En este orden de ideas y sentimientos morales florece con buen abono y vigor la “Ecología integral”, también llamada “Ecología humana” por el Papa Francisco en la Encíclica Laudato Sí (ns. 137-149).

Adicionalmente, y por demás importante, en los sentimientos morales la contemplación estética de la naturaleza es fuente de inspiración ética y espiritual. Un paisaje es siempre una obra de arte de inagotable colorido y belleza. Desborda la agudeza placentera de los órganos de los sentidos. Trae paz interior. Gozo. Serenidad. Dignidad. Trascendencia. Es música para el alma y descanso gratificante para

Cátedra, (5ª ed.), Madrid. p. 117-118.

14 LEFF, Enrique, *Racionalidad ambiental*, Siglo veintiuno editores, México D. F., 2004, p. XV.

13 MORIN, E., *El Método II, La vida de la vida*. (2002),

el cuerpo. La naturaleza se re-crea permanentemente y nos re-crea con la fuerza innovadora y jovial de lo siempre inédito. Desde Aristóteles sabemos todo esto, puesto que ética y estética son inseparables.¹⁵ Por esta razón, la “ética preservacionista” privilegia la fruición de las bellezas naturales, sublimando la conexión entre preservación de lo bello natural y el perfeccionamiento de carácter moral de los seres humanos, como lo sugiere Hargrove.¹⁶ La naturaleza tiene valor intrínseco, y merece tutela moral en cuanto tal. Su belleza revierte en el ser humano un mejoramiento de su carácter moral y espiritual y fortalece su conciencia.

El conocimiento tecnocientífico como superpoder

En nuestros días, el conocimiento dominante es el científico-técnico, llamado tecnociencia. Con las tecnociencias, el hombre de la Modernidad se ha llenado de altísimo poder intervencionista del mundo y explotador incansable de los recursos naturales como si estos fuesen infinitos. Transforma los genomas microbianos, vegetales, animales y la misma vida humana con la ingeniería genética. Es un fabricante compulsivo de basuras y desechos industriales altamente contaminantes de los suelos, las aguas y la atmósfera. E inventa las armas de mayor capacidad destructiva de la vida humana y de la casa terrenal. El hombre tecnocientífico crea a su vez la sociedad tecnocrática para que reproduzca su estilo de vida ligado con el ego posesivo, dominador y avaro que da rienda suelta a su

“cerebro R”, el tallo cerebral más antiguo que lo liga con sus antepasados reptiles y donde anidan los instintos irreflexivos de supervivencia animal.

Este conocimiento tecnocientífico otorga poder gigantesco de supervivencia a nuestra especie. Poder del que nos sentimos muy orgullosos. Pero también poder para posiblemente autodestruirnos y arrastrar con nuestra ruina también la suerte del planeta Tierra. Poder ecocida y suicida. Poder de altos riesgos porque es simultáneamente conocimiento y desconocimiento, certezas e incertidumbres, vida y muerte. Es la gran aventura de la razón ilustrada tecnocientíficamente que no sabemos si nos conduce a todos a un final feliz.

En el actual momento de evolución biológica-cultural somos constructores de la “Sociedad del conocimiento”, también llamada “Sociedad del riesgo”. En esta sociedad, la vida humana finca su esperanza en alcanzar los más altos niveles de bienestar y felicidad, poniendo a nuestro servicio todo tipo de vida microbiana, vegetal, animal y humana interviniéndolas con la ingeniería genética. Estamos en una desbocada carrera eugénica asumiendo riesgos en lo ignoto, con la falsa presunción de que tenemos todo bajo control porque supuestamente sabemos de antemano hacia qué futuro avanzamos. Futuro, en verdad, con un alto porcentaje de incertidumbre, porque pensamos más con la razón instrumental tecnocientífica, en exceso utilitarista, que con el sentimiento moral que aporta sabiduría en la toma de decisiones del *sapiens sapiens*.

Así pues, la evolución biológica que normalmente ha sido absolutamente ciega para prever y calcular futuros, pero sí generadora de novedades dinámicas hacia mayor complejidad, interacción y biodiversidad no teledirigidas pero sí teleonómicas, cada vez más cae en manos de la evolución cultural que pretende robarle al caos y al azar sus dominios para

15 “Esencialmente la ética y la estética son lo mismo” Reguera, Isidoro, *Ethics and Aesthetics are one*, cfr. *El feliz absurdo de la ética* (El Wittgenstein místico), Ed. Tecnos, Madrid, 1994, pgs 116-117. En *EnsestUnum, Verum, Bonum et Pulchrum*. Aristóteles, en *Metafísica: El ser es uno, verdadero, bueno y bello*. Lo verdadero y lo bello se identifican en el ser y están íntimamente ligados con lo bueno (ético).

16 E. C. HARGROVE, *Foundations of Environmental Ethics*, Englewood Cliffs: Prentice Hall, 1989; ID., “Weak Anthropocentric Intrinsic Value”, en *The Monist*, N° 75 1992, pp. 183-207.

que supuestamente todo quede bajo control de la racionalidad y voluntad humanas. Esta intervención manipuladora de la naturaleza se encuentra jalonada por los desarrollos de la investigación tecnológica con desafiantes responsabilidades éticas y morales.

La nueva ética de la Sociedad del Conocimiento

La ética nueva, compañera inseparable de la Sociedad del conocimiento y del Riesgo, llamada Bio-Ética, hace demandas de certezas morales al emprendimiento investigativo científico y sus aplicaciones prácticas; sobre sus modos de proceder y las consecuencias buenas o malas, tanto para las actuales y futuras generaciones humanas, como para la sostenibilidad del planeta con toda la biota. Porque toda reflexión bioética se fundamenta en las ciencias de la vida. Vida biofísica y cultural.

La Bioética nace y cabalga a horcajadas en los briosos lomos de la Modernidad y la Posmodernidad. Sus reflexiones morales van al ritmo veloz del corcel de la cultura contemporánea, que viste en su piel retazos claro-oscuros medievales entre los fuertes colores de una Modernidad inconclusa y relámpagos ennegecedores de una Posmodernidad que se asoma con ganas de quedarse.¹⁷

17 "La posmodernidad, en un primer momento, se revela como un desencanto frente a la modernidad, que representaba el mito del progreso a partir de la razón. Frente a los excesos de la racionalidad se apuesta la sensibilidad y a la afectividad, frente a proyectos totalizantes, se prefiere dar valor a la diversidad, frente a la preocupación por el progreso y por el futuro, se da más atención al presente en toda su densidad; y cuando se apuesta por la libertad se radicaliza, desemboca en un individualismo que reduce a la sociedad a un conglomerado de individuos preocupados solamente con sus intereses particulares y menos sensibles a los intereses generales de la colectividad: Esta es una característica muy típica del mundo de hoy". PALAORO, Adroaldo, S.J., en *Los Ejercicios Espirituales en el Contexto Posmoderno. Una espiritualidad Encarnada e Integradora*, pg. 1. Traducción del Portugués - Pedro Nel Ortiz L., S. J. <http://www.cpslsj.org/wp-content/uploads/2013/04/2013021-taici-Los-EE-en-el-contexto-Posmoderno.pdf> Consultado 19-05-2016.

La Bioética, como neologismo, surgió en el intermedio convulsionado de las dos guerras mundiales, con Fritz Jahr, en Alemania, y comenzó a tener carta de ciudadanía en Estados Unidos con Van Rensselaer Potter, a partir del año setenta. Su cuna y desarrollo siempre han sido un torbellino de incertidumbres y macro-riesgos. Ella no posee verdades absolutas ni certezas permanentes. Su verdad y certezas las construye día a día, bordeando relativismos, en consensos dialógicos interdisciplinarios sapienciales que cargan a sus espaldas la irrenunciable responsabilidad moral de pastorear éticamente la vida, de todo tipo de vida, y su dignidad trascendentes, en una sociedad en crisis donde todo cambia sin pedir permiso a nadie y sin norte predefinido.

En este contexto generalizado de la Sociedad del Conocimiento tecnocientífico, sociedad compleja, el análisis de los comportamientos morales individuales y sociales, objeto de estudio de la Bioética, requiere de nuevas categorías interpretativas, es decir hermenéuticas, que permitan vislumbrar futuros humanizantes.

Por ejemplo, el mundo contemporáneo tiene enrarecidas y borrosas las nociones de fines y medios. Quizás las confunde por falta de sabiduría. Entre otras causas, esta confusión proviene de la exaltación de la razón que aportó la Ilustración a la Modernidad, y con esta última la entronización de la "Razón instrumental" denunciada por Heidegger, que privilegia hoy el llamado "Imperativo científico", cuya formulación es: "Todo lo que tecnocientíficamente sea posible, es de por sí éticamente deseable porque favorece la supervivencia humana".

Nos vamos acostumbrando erróneamente a pensar que la tecnociencia siempre produce el bienestar al que apostamos con los ojos cerrados. La tecnociencia es un excelente producto de la inteligencia humana, no hay que satanizarla. Pero tampoco endiosarla para no

sumergirnos irreflexivamente en lo que el Papa Francisco llama “tecnocracia” en su pensamiento ecológico de LaudatoSi. La tecnociencia no es la panacea para todas nuestras falencias y deseos de felicidad. Podemos vivir mejor y con menos. ¿Estamos de acuerdo...?

La más urgente necesidad de los animales actuales bípedos, de cerebro grande, de manos sueltas y con sentimientos morales, que se apoderaron abusivamente de la casa de todos siendo los últimos

en ser paridos por la madre naturaleza, es orientar sapiencialmente la propia vida. Esto quiere decir: mirar más allá del cortoplacismo inmedatista para dotarse de un norte trascendente, construir un proyecto existencial, fijarse metas de acción amigables con el entorno, y afinar la conciencia intencional para identificar valores que le den fuerza espiritual para superar la fragilidad, las miserias y contingencias humanas. De todo esto se ocupa la Bioética.

Bibliografía de referencia

1. AQUILES VON ZUBEN, N. (2006) Bioética e Tecnociencias. A saga de Prometeu e a esperança paradoxal, Edusc., Baurie, Brasil.
2. BECK, U., La sociedad del riesgo. (1998), Paidós Ibérica, Barcelona.
3. BILLY, J., Les techniciens et le pouvoir. (1960) PUF, Paris.
4. BOFF, L., Ética y eco-espiritualidade. (2003) Verus Editora, Campinas, Brasil.
5. CAPRA, Fritjof. (1998) El punto crucial. Ciencia, sociedad y cultura naciente, Editorial Troquel, Buenos Aires.
6. CELY, G. (2007), Bioética global. Edit. Javeriana, Javegraf, Bogotá.
7. CELY, G., (Ed.), (1998) Ecología humana: una propuesta bioética, CEJA, Bogotá.
8. Declaración universal de los derechos de los animales. <https://www.faunaiberica.org/pdf/declaracion-derechos-animales.pdf>
9. HOTOIS, G., (1991) El paradigma bioético. Una ética para la tecnociencia, Barcelona, Anthropos.
10. La carta de la Tierra. [herat charter.org/invent/images/uploads/echarter_spanish.pdf](http://heratcharter.org/invent/images/uploads/echarter_spanish.pdf)
11. Laudato Si. w2.vatican.va/.../papa-francesco_20150524_enciclica-laudato-si.html
12. Pachamama. <https://es.wikipedia.org/wiki/Pachamama>